

EL G5, UNA NUEVA GENERACIÓN DE MUJERES COOPERANTES

LAURA CÁRDENAS*

El G5 no es sólo el nombre de las llamadas potencias emergentes, aunque también podríamos habernos denominado “las emergentes”, una nueva generación de mujeres cooperantes. Inspiradas por el debate de alguna de las clases, Fran, Khadija, Virginia, Laura y yo decimos autodenominarnos el G5.

No tenemos nada que ver las unas con las otras pero nuestras inquietudes, como profesionales y mujeres, nos unieron en el Máster de cooperación internacional del Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación de la Universidad Complutense de Madrid.

La institucionalización del G5 era una prioridad. Las cumbres del G5 se convocaban cada semana y no precisamente en el hotel Ritz sino en los apartamentos compartidos de cada una de nosotras. Las clases provocaban en nosotras zarandeos emocionales e intelectuales que hacían de estas reuniones una necesidad básica fundamental para poder sobrellevar el complicado camino hacia nuestro propio desarrollo.

Todas elegimos hacer el máster por razones muy diferentes, pero todas encontramos respuestas y salida a muchas de nuestras aspiraciones. Ésta es nuestra historia y las de nuestros compañeros de la XXI edición del máster (2006/2007), “un grupo muy majo”, como decía Salomé, y sobre todo muy unido, que hoy es mucho más que un grupo de hostales alrededor del mundo.

* Ex-alumna del Magíster en Cooperación Internacional. Actualmente trabaja en la Oficina de Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en República Dominicana.

El máster de cooperación tiene algo muy especial, y es que no es sólo un máster para la profesionalización del sector. Es un espacio donde un grupo de personas durante un año debaten, dialogan y reflexionan sobre cómo el mundo pudiera ser diferente. Porque la cooperación, a mi entender, no es sólo una profesión. Es una forma de ver el mundo. Por eso cada tarde de clase era también una sesión de terapia. Compartimos nuestros sueños, vivencias, contradicciones, “nuestra rareza colectiva... en definitiva, vivir y compartir”, como bien decía una compañera.

Recuerdo perfectamente el día de inauguración del curso. Llegué directamente con maleta y todo del aeropuerto a la Facultad de Políticas de la Universidad Complutense de Madrid, un lugar cargado de energías muy especiales. Dicen que en los años setenta fueron instaladas allí todas las facultades de Ciencias Sociales para distanciar a los futuros políticos y economistas de las reacciones contra el régimen franquista que se producían en el campus principal de Ciudad Universitaria. Entré en la sala y miré alrededor. Me preguntaba, ¿qué tipo de personas pueden andar buscando lo mismo que yo, que tampoco sé muy bien lo que busco?

En un lado de la sala el equipo del IUDC: José Ángel, Salomé, Enara, Silvia, Juncal, José Luis, Rhina, Juanma... y nuestro querido Luismi, Luis Miguel Puerto Sanz, al que tuvimos el privilegio de conocer y disfrutar como profesor, y sobre todo como excepcional persona. Luismi fue el duende que nos metió la magia como grupo. Y mucho más, nos doy una lección de cómo vivir y morir transmitiendo hasta el último momento el compromiso por lo colectivo y el amor a la vida.

Al otro lado de la sala mis queridas y queridos compañeros de España, Puerto Rico, Italia, Honduras, Nicaragua, México, Suiza, Brasil, Perú, Colombia, Uzbekistán... un crisol de nacionalidades y profesiones, visiones y experiencias que enriquecerían aún más ese año tan especial. Desde aquí les mando un caluroso abrazo en donde quiera que estén ahora: África, América Latina, Asia o Europa.

Ese año pasaron por nuestra aula los y las mejores profesionales de cooperación que aún hoy lideran los avatares del sector, tanto desde la cooperación española como desde los organismos multilaterales. Una de las grandes virtudes del máster es que nunca hubo una visión única, una intención de conducirnos a una conclusión o un destino. Hubo profesionales, hombres y mujeres, con visiones más progresistas o más conservadoras, utópicos y pragmáticos, jóvenes y mayores, políticos y técnicos.

Volveré a la historia del G5 para mostrar cómo el máster influyó en nuestras vidas.

Khadija es de Huelva, de padre marroquí y madre andaluza. Su mirada sobre el mundo es mestiza como sus ojos. Representa lo mejor de un lado y el otro del estrecho de Gibraltar. Estudió y ejerció como periodista y fue la primera miembro del G5 que voló nada más terminar el máster al Centro Cultural de España en Camerún donde vivió dos años. Actualmente trabaja en la Casa Árabe en Madrid. Su mandato es la cultura y el desarrollo.

Virginia, siciliana, siempre fue la más altermundista del G5. En nuestras cumbres enriqueció y acaloró los debates sobre la eficacia de la ayuda. Estudió comunicación audiovisual, aunque su mandato es el medio ambiente. Tras el máster tomó rumbo a Mauritania y Senegal, primero en solitario y después con una ONG italiana donde trabajó años más tarde en su sede en Palermo. Ahora su profunda convicción ética le ha llevado a trabajar y vivir en un huerto ecológico en Sicilia.

Fran, mexicana, es la oveja negra de su familia porque, como dice un poema de Benedetti, “no reservó del mundo solo el rincón tranquilo” de Aguas Calientes. Mientras su familia quería vestirla para la fiesta de sus quince años, ella se inscribía en una asociación internacional para la defensa del manatí. Su mandato es el medio ambiente. Al finalizar el máster Fran decía “es la primera vez que no me sentí loca, me sentí acompañada en este mundo”. Tras un periplo laboral por China y Soria, hasta agosto de este año dirigía un proyecto de la ONG Aida en Damasco. Actualmente se ha trasladado por amor al Líbano, donde estoy segura ejercerá una labor excepcional.

Laura, medio valenciana medio maña, es el hada del G5. Laura es compromiso y sensibilidad. Su mandato es la defensa de los derechos humanos de las mujeres. Licenciada en derecho, consiguió una beca universitaria del programa UN Volunteers en Colombia donde trabajó en un proyecto de Tecnologías de la Información y Comunicación. Tras el máster fue joven cooperante para la AECID en Uruguay en el área de género y desarrollo y posteriormente en el área de gobernabilidad. Tras una breve estancia en Farmamundi en Valencia, dirigió un proyecto de empoderamiento de mujeres en la ONG Paz y Desarrollo en Senegal. Acaba de comenzar una nueva aventura profesional y vital como responsable de género para la AECID en Timor Oriental.

Me permito humildemente, con el riesgo de aburrir al lector, remontar mi historia a incluso antes de mi nacimiento.

Mezcla de sangre mediterránea, andaluza, madrileña, extremeña y aragonesa, siempre me sentí más de la aldea del mundo que de Alicante. Mi padre, de madre muy beata y padre comunista, criado en la pobreza, encontró en los

mecenzagos y en el seminario de Sevilla la educación que le permitió seguir siendo hoy un soñador empedernido. Él era cooperante a su manera, predicando en los bares en lugar de en los altares en los suburbios de Sevilla. Acabó saliéndose naturalmente de la Iglesia y tiró por la senda de la economía y el emprendimiento.

Mi madre, de familia de militares —y cuya madre, mi abuela, fue un ejemplo de modernidad y feminismo— perteneció a la generación de mayo del 68 y corría por las calles de la Complutense de camino a su facultad de psicología para evitar los porrazos de la policía montada. Mi hermano: poeta, comprometido, arquitecto y un culturita genial.

El ejemplo y esfuerzo de mi familia y también un país que me ha ofrecido la posibilidad de ampliar mis capacidades y tener, entre otras cosas, una educación de gran calidad, me permite poder decir hoy que he logrado un alto desarrollo humano. Porque el desarrollo humano, como dice Amartya Sen, es la ampliación de las capacidades de las personas para llevar la vida que desean.

Siempre tuve inquietud por saber qué ocurría en el mundo y qué podíamos hacer para cambiarlo. Desde niña decía que quería ser periodista y seguía atentamente y con gran admiración la labor de las Naciones Unidas. Ejercí el periodismo con gran pasión pero desperté a la cruda realidad de no poder realizar la labor social que yo siempre le había conferido a la profesión.

Casualidades o no de la vida, en pleno desencanto con la profesión a mi novio lo destinaron con una beca del ICEX a Ecuador, y ese año cambió radicalmente mi vida. Como decía en una película el Ché tras su viaje en bicicleta “después de ver tanta injusticia ya nunca volveré a ser yo, o al menos el mismo yo interior”.

Comencé como voluntaria en la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y encontré en la comunicación para el desarrollo, en las lecciones de solidaridad y esfuerzo que cada día me daban los ecuatorianos y ecuatorianas, y en la magia de ver el mundo con un cristal diferente, la salida a mi crisis y el comienzo de una nueva carrera vital.

De vuelta a España conseguí cursar el máster y a la vez comencé a hacer prácticas, gracias a un convenio del IUDC, en la Fundación Internacional y para Iberoamérica de Administración y Políticas Públicas (FIAPP) donde trabajé por dos años. La institución es la cantera de una gran cantidad de compañeras y compañeros del máster. Allí aprendí la práctica de la cooperación para la gobernanza democrática y entendí el papel de España en la acción exterior.

Además ese año cumplí otro sueño. Al igual que para mis compañeros y compañeras, el máster fue un año de pocas horas de sueño, y mucho esfuerzo para compatibilizar clases y trabajo además de dedicarle muchas horas a la tesina. Gracias al apoyo del IUDC y de Javier Bernabé, mi tutor y director del Instituto Internacional de Periodismo Preventivo, se publicó “Comunicación y ciudadanía. Aportes para el desarrollo”, de la editorial Catarata. Ya solo me falta plantar un árbol y tener un hijo.

Gracias de nuevo a las oportunidades que me han ofrecido las políticas públicas de este país y la promoción de españoles en organismos internacionales, que comienza a ser una prioridad, conseguí entrar en el roster de candidatos del programa UN Volunteers, plazas para profesionales en el sistema de Naciones Unidas financiadas por la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. Fui destinada a la Oficina de Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo en República Dominicana. Este importante paso no hubiera sido posible sin el apoyo incondicional de mi familia y muy especialmente de Juan, mi pareja, que actualmente trabaja también como consultor internacional en Santo Domingo.

Me considero una persona privilegiada por poder formar parte de la familia PNUD en República Dominicana y de la Oficina de Desarrollo Humano. Formo parte de un equipo de especialistas en economía, política, historia, antropología, economía, geografía, estadística... profesionales todos de primer nivel. Pero sobre todo hombres y mujeres comprometidos con la gente. Su vida es un ejemplo del compromiso y del empuje necesario para poder encaminar al país hacia un mayor desarrollo humano.

Actualmente estamos trabajando en la realización de Informes Provinciales de Desarrollo Humano. Parte de mi labor es investigar el aporte de la comunicación al paradigma de desarrollo humano, un área en estrecha relación con la cultura y la gobernanza. Trabajamos de forma colectiva, aprendiendo y construyendo juntos una base teórica que nos permita entender cómo vive la gente en el territorio y contribuir al diseño de políticas públicas que puedan ofrecer a los dominicanos y dominicanas un futuro mejor. Para ello, viajamos por todo el país realizando investigación sobre el terreno y recolectando historias que reflejan las dificultades, aspiraciones, retos e ilusiones de la gente.

Así es como esta humilde integrante del G5 llegó a cumplir más de un sueño tras el máster.

El G5 y la promoción del 2006-2007 heredaron la ilusión de los mismos fundadores del máster que reivindicaron, con mucha visión, una profesionalización

del sector. Esta profesionalización nos ha llevado a ser, a mi entender, de las mejores cooperaciones del mundo. Me refiero a la cooperación que realizan los españoles y españolas en ONG españolas, internacionales y locales, y en organismos de cooperación bilateral y multilateral. A pesar de ello queda mucho por hacer para mejorar la eficacia de la ayuda y, cómo nos dijo un profesor en la primera clase, “la cooperación no es más que una tirita en un cuerpo que se desangra”. En mi opinión tendría más impacto en el desarrollo de los países del Sur trabajar para cambiar los modos de vida y las políticas de los países del Norte, además de contribuir a fortalecer las políticas públicas de los países del Sur.

Heredamos también el reto no sólo de hacer una cooperación más coherente sino, sobre todo, de incidir en las políticas públicas, en el Norte y en el Sur, coherentes con los principios del desarrollo humano.

Creo que la idea que mejor define lo que para mi es esta profesión es una frase de un libro de Gioconda Belli que dice: “No creo que nadie puede convencerme de que el placer que empieza y termina en uno mismo pueda remotamente siquiera compararse con la exaltación y el goce de intentar cambiar el mundo”. Aunque sólo signifiquemos una tirita.